

res de cenizas. Pero si protege, si intercede por nosotros con Alhá, al gusano de la tierra le brotan alas para llegar hasta el cielo. No hay ningun profeta comparable con Mahoma; ni vuestro mismo Jesus.

—Jesus no podrá ser llamado profeta, porque es el prometido á los judíos, el Verbo adorado de los cristianos. Dios mismo. Y habiendo encendido la luz con su mirar en lo infinito, sintió sobre sus párpados el sueño de la muerte; y habiendo creado con su palabra todas las cosas en el Universo, se sometió en su vida á los males de nuestra triste humanidad y á las tristezas de nuestros acerbos dolores. Jamás sus manos cogieron una cimitarra; jamás sus palabras armaron una guerra; jamás sus predicaciones vertieron una gota de sangre.....

Al oír estas sentencias que parecían vejatorias para el Profeta, subleváronse contra ellas los musulmanes y los santones, amenazando de muerte á quien inconsideradamente las vertía. Al ver amenazado á su apóstol, corrieron en defensa suya los cristianos con el ímpetu propio de todo enfurecimiento. Y las amenazas de muerte eran tales de un lado y otro, que los oficiales de la justicia cogieron á Serafin y lo llevaron para salvarlo de terribles acechanzas al palacio, donde seguramente determinaron encerrarlo en las mazmorras. Iban á abrirse éstas entre un tropel de gente anhelosa por saber que el blasfemo quedaba á buen recaudo. ¿Y qué iba á suceder en tal trance? ¿Y qué iba á pasar cuando los domésticos del Sultan hallaran á su hija encerrada en las mazmorras de los cautivos y en compañía de un cautivo? Sensible caso aquel que solo podía lavarse con sangre.

## CAPITULO XII.

### Epícos recuerdos.

Mientras buscaban los domésticos el paradero de la hermosísima Sobeiya, oía el Sultan á uno de sus favoritos cristianos, uno de esos que pasaban con tanta facilidad de los palacios españoles á los palacios morunos, historias de nuestra reconquista. Dificilmente comprenderá un lector europeo como en la alarma de toda la servidumbre, y en el estruendo general del palacio, cuando la princesa había desaparecido sin dejar rastro alguno, en términos que se la creeria tragada por la tierra, el Sultan, el padre, tuviera tiempo de entretenerse y espaciarse en el recreo de oír épicas narraciones, cuyos asuntos versaban sobre las hazañas de los nazarenos, y oirlas impasible, rígido, indiferente, como un sér inanimado, como una estatua. Los que sentimos á cada paso el sacudimiento de las grandes emociones; los que tomamos parte a cada momento en los casos y desgracias de nuestros semejantes; los que nos interesamos, no ya por el hecho cercano, sino por todo aquello que atañe á gentes de otras razas y de otros hemisferios, no comprenderemos nunca el temperamento de fria indiferencia á que están condenados los musulmanes por dos de sus dogmas primeros; por la extension dada á la voluntad divina hasta anular la voluntad humana, y por el ciego fatalismo que rige nuestros actos y nuestros pensamientos; como la fuerza puede regir los átomos y la cohesion de los átomos en la fria materia. Penetrando tales ideas en la vida, llégase á imaginar que todo hecho cae, como el grano de arena de la clépsidra, de un mundo superior; y que todo movimiento de la voluntad toma su origen allá en leyes mecánicas y celestes de un órden superior y anterior á nuestro miserable albedrío. Por eso,

y solamente por eso, el mahometano se muestra indiferente, así á las maravillas de la Naturaleza, como á los halagos del arte; así á los hechos que pasan en torno suyo, como á los hechos que más de cerca le atañen; abismada su existencia en las contemplaciones religiosas y perdida su propia personalidad en la personalidad de Dios. Naturalmente, de aquí nace una indiferencia tal que hace de los seres humanos seres mecánicos, solo accesibles á las extremas pasiones de la vida, al odio ó al amor; es decir, á la galantería y á la guerra, en que siempre brillaron extraordinariamente los árabes.

Tendido en cojines de damasco, y envuelto en brocados riquísimos; el turbante propio de su alta dignidad á la cabeza, y el tahalí de pedrería á la cintura; junto á la misteriosa ventana, á través de cuyas rejas murmuraban los rumores de las bullidoras fuentes y los gorjeos de las armoniosas pajarreras; con pebeteros de ámbar á los piés y pomos de esencias en las manos; escuchaba el Sultan las narraciones de su poeta favorito, Fernan, el cual á un tiempo mismo le servia para ejercitarse en la lengua castellana, muy apreciada en todas las cortes árabes y para conocer nuestras hazañas, referidas con aquella antigua libertad que siempre concedieron todos los déspotas á todos sus confidentes. La libertad humana sube hasta la cima de esas grandes eminencias levantadas para suprimirla. Un hombre, acostumbrado á mantener su imperio y su soberbia sobre las espaldas de esclavos innumerables, deja penetrar en el seno de los palacios las mismas palabras que persigue con sus esbirros, y la misma idea que devora con sus hogueras. Lo que mata al conspirador aviva al cortesano. Lo que no puede oírse en las espesas sombras de las conjuraciones se oye en las áureas salas de los alcázares. La verdad suele burlarse de sus perseguidores, y por éste ú otro medio, les taladra los cerrados oídos y se entra en las negras conciencias. Así Fernan se consagraba á la apología de los cristianos en los alcázares de los creyentes árabes consagrados al culto de Alhá y á la lectura del Koran.

Efectivamente, el señor de Túnez, en aquella posición, murmuraba párrafos del libro de su raza y apotegmas de su religión. El gran día, exclamaba, es el día del Juicio Universal. La gran revelación es la revelación del Koran, que ha descendido de un cielo invisible á la manera que el día desciende del cielo visible. Dios es único é increado; y como único, no puede tener hijos, que serían ó creados cual las mas humildes y bajas criaturas, ó idénticos á él, por cuya razón, ó no existirían, ó serían Dios mismo en esencia. El os ha creado de una vez y en una sola pareja, que son nuestros primeros padres. No teneis que ir á su presencia con otra carga que vuestras obras. Si le amais, os favorecerá. Si no le amais, le tendrá sin cuidado, porque para nada os necesita. No hay otro Dios sino él; no hay otro poder sino el suyo. Vosotros, miserables mortales, disputareis unos con otros en el día del Juicio sobre vuestra vida pasada; y ya no será hora de enmendar-

la. El que más haya combatido en la tierra, mayores premios encontrará en el paraíso.

—Palabras baladíes, dijo Fernan, muy baladíes, en comparación de aquellas que dicen: Amaos los unos á los otros, como nuestro padre celestial os ama á todos. Amad á vuestros enemigos. Bendecid á los que os maldicen. Rogad por los que os persiguen y calumnian. No busqueis sino el reino de Dios y su justicia, pues lo demás se os dará por añadidura. Las aves del cielo ni siembran ni cosechan, y Dios las alimenta. Los lirios del valle ni hilan ni tejen, y Dios les ha ceñido un manto mas hermoso que el de Salomon en su trono. ¡Ah! Sed perfectos, como nuestro padre, que está en los cielos, es perfecto.

—La grandeza de los dioses de cada gente, replicó el Sultan, poco sensible á la virtud de estas palabras sublimes, en cuyos acentos la caridad evangélica del Cristo contrastaba con los odios guerreros del Koran; la grandeza de los dioses de cada gente se descubre en la gloria y en el poderío que procura el talisman de su nombre á los guerreros y á los conquistadores. Nosotros acabamos de cojer la perla mas preciada que guardan los joyeros del mundo, la sultana de las sultanas, vuestra Constantinopla, metida ya por fuerza en los mahometanos serrallos. La estación de las nieves habia pasado, y la dulce primavera embellecido con sus dones el campo. Mecíase la rosa sobre el tallo, y comenzaba á plañir sus amores el ruiseñor en los bosques. La tierra se cubria de una verde mullida alfombra para que pisaran blandamente sobre ella los soldados de la fé. Como los aires se poblaban de viajeras golondrinas, las tierras se poblaban de blancas tiendas. El Sultan oró á Dios y consultó á sus generales; en una mano cogió la cimitarra de Ostman y en la otra mano el libro de Mahoma; con una mirada penetró en los cielos abiertos á la oración y con un gesto hizo rodar los cañones, aquellos cañones tan poderosos que cada uno podia derribar con sus sacudidas una fortaleza. El monarca de la tierra revistó las filas de sus soldados; aconsejó la prudencia de Azaf á sus visires; contempló el brillo de las manzanas doradas puestas sobre las enseñas santas; azuzó así los leones que se alimentan de carne fresca como los tigres que jamás se sacian de sangre humeante; recitó las suras del libro sacro relativas á la guerra con los infieles y recordó las tradiciones que prometian la media luna á la sin par Constantinopla. Los rostros de los predestinados al martirio relucian como las estrellas en las tinieblas; las oraciones de los ulemas, postrados en el duro suelo, llegaban á las alturas como enjambres de zumbadoras abejas; las legiones de seres invisibles precedian á los ejércitos vibrando espadas que derramaban el frío de la muerte en nuestros enemigos al mismo tiempo que la llama de la esperanza y de la vida en nosotros; y los místicos y los contemplativos caminaban á la retaguardia para que sus palabras santas no dejaran penetrar

ningun espíritu maligno en la santa y armada ciudad movable del Dios de las batallas. Ejércitos así tuvieron de los torrentes el ímpetu y de los mares la extension. El pobre emperador de los griegos vió bien pronto que no podía luchar con los vencedores de la tierra, como no puede luchar la alondra con el milano, y demandó misericordia y ofreció tributo. Pero el rey de los creyentes respondió con tres palabras: islamismo ó guerra. Anunciado de antemano por la aurora, extendió el sol sus alas de oro en las terrazas celestes del Oriente; los árabes y los genizaros se irguieron en su puesto y apuntaron á los enemigos pechos la boca de los cañones; las llamas competidoras del relámpago y el rayo, y los estampidos competidores del trueno y del terremoto salieron de aquellos encendidos volcanes; el humo llevó la noche al día y veló así los espacios del cielo como los resplandores de la luz; claváronse las flechas en el corazon de los infieles desposeidos de ángeles de la guarda; las piedras de las catapultas derribaron en los infiernos á los temerarios que oponian alguna resistencia; las balas de los mosquetes y arcabuces acribillaron los muros por cuyos agujeros se veian las cabezas de los infieles, semejantes a las cabezas de las tortugas, saliendo de sus caparazones; y á pesar de que los barcos francos, cuyos mástiles tocaban el zenith, socorrian á los griegos en armas, y hacian innumerables mártires en nuestras valerosas tropas, los fosos se colmaban de cadáveres y las viviendas se calcinaban al fuego y se convertian en nubes y mares de cenizas. Las palabras del Koran se cumplieron, las palabras que dicen á los infieles: «Donde quiera que esteis, os alcanzará la muerte.» Y á los heridos por las catapultas en lucha abierta contra los soldados de la fé: «Los golpearás con piedras que encierran la sentencia de aquellos á quienes alcanzan.» Y los nuestros, firmes en su sitio, continuaron expidiendo de sus labios el soplo de la muerte y arrojando en la tierra los cuerpos malditos de los cristianos. Pero la victoria se esquivaba á tantos llamamientos; porque una cadena tendida entre Gálata y Bizancio impedía el paso de nuestras naves al Bósforo y el embite mayor de nuestro ejército á la plaza. Y los fieles sacaron sobre sus hombros las embarcaciones y las hicieron, deslizándolas sobre una superficie untada de sebo, flotar en el agua donde estaba guardado nuestro verdadero triunfo. Y se cumplió aquella profecía que anunciaba la toma de Constantinopla para el momento supremo en que las naves del mar bogaran por el polvo de la tierra. Y en la puerta de Andrinópolis comenzó al venir la noche el asalto, verdaderamente horrible y temeroso, porque cada soldado nuestro llevaba en la punta de sus picas un farol ó una bugía, que les daba, á los ojos de los cristianos, aires de genios exterminadores con espadas de fuego, y á los ojos de los fieles aires de ángeles dichosos esparcidos por un campo lleno de flores transparentes. Los musulmanes combatieron y oraron. Altas las murallas, pero mas altas aun nuestras resoluciones; fuertes las cuerdas y escalas por donde subian, pero mas fuertes los

propósitos que los impulsaban. Agarráronse los nuestros como arañas á las piedras y mandaron las almas de los nazarenos muertos, como bandadas de buhos, á las nieblas precursoras del infierno, entre las polvaredas y humaredas de los combates, las cuales se elevaron hasta el firmamento, y como un velo fúnebre, cubrieron su celeste bóveda. Por fin viéronse los sitiadores dentro y cerraron furiosos con los sitiados. Las cimitarras lucian siniestramente como largos cometas; las espadas segaban sin descanso y tendian cabezas sobre el ensangrentado suelo; las flechas cubrian los aires y se clavaban como víboras aladas en los cuerpos; los mosquetes granizaban rojo granizo de fuego; los cañones despedian tales ráfagas de plomo derretido que se estremecía la tierra como las entrañas de una parturienta; el incendio avanzaba por todas partes y destruía con sus llamas á los que perdonaban las armas, en tal manera que diríase desquiciada la tierra y caída como ruinoso techo sobre nosotros la máquina celeste. El emperador cristiano estaba en su palacio maldito. Y al saber que el creyente ha llegado, sale, caballero en airoso corcel; y un musulman le derriba de su áurea silla y le mata metiéndole en las entrañas los filos de su cimitarra. En seguida ábrense las puertas y penetran los fieles; y por espacio de tres días con tres noches, saquean las viviendas y ven en sus brazos las hermosuras griegas, cuya sonrisa aventaja en lo dulce y en lo aromática á la misma miel.

Así, al día tercero el Sultan dijo su voluntad tan necesaria como el destino y la promulgó como promulga la luz el sol. Con tal motivo las espadas volvieron á sus vainas y los arcos al ángulo de su reposo. El humo de los combates se desvaneció en los cielos, el polvo cayó sobre la tierra; y al ruido maléfico de las campanas siguió el cántico de los muezines, cuyas voces armoniosas entonan desde los altos minaretes cinco veces al día las oraciones laudatorias á la unidad de Dios. Limpiáronse las iglesias de los ídolos que las profanaban; perdieron al fuego de nuestras oraciones las manchas de la idolatría; en el seno de los templos se levantó la cátedra donde debia leerse el libro santo y el mirhab en que debian guardarse sus inmortales páginas. ¿Quién no ha visto Constantinopla? Los aires que respira tienen todos los colores y todos los matices del iris; las tierras donde se levanta, todos los destellos del éther. Sus iglesias se han convertido en mezquitas; sus monasterios en colegios de los softas; y su Basílica con bóveda de estrellas, que descansa sobre columnas celestes y blancas, rojas y verdes, amarillas y negras, algunas parecidas á la piel del tigre; todas cruzadas de mil varios adornos, su Basílica es hoy el verdadero templo de la sabiduría. Altares tenia allí Azrael, ó sea el Angel de la muerte; altares Juan, ó sea el profeta del amor. Mas ningun lugar sagrado comparable á Santa Sofía. Obra fué de cristianos, pero destinada desde la eternidad á los musulmanes. Para construirlo vinieron arquitectos de la Arabia, astrólogos de la India, tallis-

tas de la Persia; y un viejo vestido de verde, cuyo rostro brillaba con luz misteriosa é increada, entregó á los nazarenos su plano. Cinco mil albañiles, asistidos por diez mil peones y mandados por cien arquitectos trabajaron asiduamente en esta obra soberbia. Pero un dia faltó dinero, y el emperador Justiniano se lo contó á Dios. El Eterno, que reservaba, como he dicho, aquella magnífica fábrica para los creyentes, le señaló el sitio misterioso donde se encontraban encerrados siete vasos gigantescos todos repletos de monedas. En trono de plata se levantó la efigie de Cristo, tallada en oro; á sus dos lados doce estatuas gigantescas de plata tambien representaban á los doce apóstoles; al pié de las doce estatuas en misales de materias preciosas, doce evangelios magníficamente encuadernados; seis mil lámparas cuajadas de pedrería bajaban de las altas bóvedas; y cinco mil sacerdotes y monjes se arrodillaban sobre su pavimento sosteniendo cinco mil cirios que brillaban como las estrellas y olian como el incienso. Hé ahí la ciudad que acabamos de tomar á los infieles, y sobre la cual se extenderá siempre nuestro dominio y brillará cada dia con luz mas nueva la resplandeciente media luna. ¿Qué Dios favorece mas á los suyos: el nuestro que nos ha concedido ó el vuestro que os ha quitado la sin par Constantinopla?

—Yo he visto con dolor esa ciudad en poder de los infieles, Sultan. Las piedras, al caer de los muros levantados en su defensa, han caido sobre mi corazon y le han hecho brotar sangre. Todos los cristianos llevamos el luto de Constantinopla muerta y todos asistimos al duelo de Santa Sofia profanada. Yo he visto tambien esa ciudad, que tú describes como pudieran describir el milano ó el tigre sus inocentes presas mientras las tienen palpitantes entre las garras; y yo la admiro por su hermosura y la venero por su historia. Parece verla todavía alzándose en los celajes del horizonte. La nave en que ibas á visitar al Califa, y donde yo te acompañaba, se detenía al acercarse, como si los mismos cuerpos inanimados pudieran conmovirse ante el maravilloso espectáculo. Jamas lo olvidaré. Allí los continentes se juntan y se besan como para formar un territorio único en el mundo; los mares se detienen y se angostan como para contemplar y retratar mejor las dos riberas. Sobre las armoniosas playas de corte griego y los cabos parecidos á templos se extiende un cielo de Oriente enaltecido con resplandores indecibles. A un extremo el mar de Mármara, con reflejos de Atenas; y á otro extremo el mar Negro, con misterios de Asia: entre los dos mares el Bósforo, aquella espacie de rio salado, donde se confunden las riberas asiáticas con las riberas europeas, y donde parecen confundirse tambien las dos mitades de la tierra, las dos mitades de la historia, las dos mitades del espíritu en mística unidad. Cuántas veces he contemplado el cuerno de oro, las aguas profundas y trasparentes al mismo tiempo; las costas de preciosísimos dibu-

jos, los barcos extendiendo sus velas y los esquifes áureos resaltando entre las ondas verdes; los jardines, cuyas flores se enredan por los mástiles; los alcázares repetidos fantásticamente; las cúpulas doradas sobre las celosías misteriosas; los kioskos, ceñidos de rosas los piés y sombreadas de cipreses las cimas; las tres ciudades que componen como las cadenas de oro cuyos eslabones enlazan los continentes; las colinas cubiertas de bosques tan umbríos y de minaretes blancos en primer término, mientras en los segundos y terceros las graderías de cordilleras pintorescas sobre las cuales se alzan en el éther, como un astro plateado, las nieves del Olimpo de Bithynia; magnífico cuadro, digno de esmaltar las puertas que conducen á la divina Asia, á esa espléndida cuna de las religiones y de los dioses. Así, mientras los hijos del desierto, los soldados que llevan por insignia la media luna de Osman, paseaban como las fieras sobre las ruinas por las calles profanadas de Constantinopla, traía yo á mis mientes los tiempos en que nuestros padres los griegos iban por aquellas sus costas en las naves recién talladas de los árboles seculares, inquiriendo el vellocino de oro y encontrando el oro de la industria y del comercio; las plazas, en cuyos ámbitos las velas de Fenicia, de Persia, de remotas islas así en direccion del Oriente como en direccion del Ocaso juntaban las cosechas de todos los climas y el tesoro de todos los trabajos; el dia en que los dioses de Roma fueron vencidos, aquellos dioses vencedores de tantos pueblos, solo por haber elevado Constantino como un templo de la fé verdadera la capitalidad de Constantinopla, las basílicas, testigos de los concilios ecuménicos, asambleas de los doctores cristianos victoriosos, los cuales con la serpiente del paganismo herida á los piés y los últimos reflejos del martirio resplandeciendo en las sienas, definian los nuevos dogmas y daban así al espíritu el alimento de la verdad eterna; la entrada de los cruzados reflejando en sus armaduras el sol, y la actitud de los emperadores griegos bendiciéndolos desde la cima de dominios, entre los cuales se contaban los sepulcros de la antigüedad helénica que parecian vacíos y estaban llenos de inspiraciones y de ideas; las mil fases de aquella vida que animaba la fé en el alma de cien generaciones de poetas y enardecía la sangre en las venas de otras cien generaciones de héroes. Imagina, Sultan, como verian mis ojos tan cara prenda en poder de tan implacables enemigos. Las basílicas, henchidas con los cánticos religiosos, elevadas como ciudades místicas por las manos de los ángeles católicos, perfumadas de incienso, vieron pendientes de sus muros los alfanges del exterminio en vez de las reliquias conmemorativas de la caridad y del amor. Las suras de los falsos profetas sucedieron á los salmos de los profetas santos. Las ondas del Eufrates, mas amargas que la hiel, rodaron sobre las piedras de la nueva Jerusalem, mas santas que los cielos. El muezin profanó con sus gritos las torres de donde subian al Empíreo, acompañadas por el eco de las campanas, nuestras oraciones, que en su vuelo